

jos el toque de oración, el son de esquila de los rebaños que bajan de los picos enhiestos, y el canto de los grillos que suena acompasadamente como el alma diminuta de un gran reloj: cri, cri, cri... Y el día va muriendo, muriendo... El horizonte se amorata; ténues velos ascienden lentamente por él, y el mar, liso como un cristal, destaca luminoso en el horizonte, bañado de una finísima palidez dorada, solo comparable á la de la luna cuando se va á poner.

¿Será preciso que llegue al trágico desenlace y os informe de que los míos descubrieron la travesura, y me condenaron á irme en ayunas á la cama, á pesar del hambre que me despedazaba las entrañas?

VISIÓN AGORERA



No pude imaginar que hora sería, ni asegurara encontrarme en noche ó madrugada, pero se me antojaba que me habia levantado poco tiempo ha. Una modorra singular, pesada, morbosa, entorpecía mi cerebro. Al mismo tiempo experimentaba yo algún disgusto muy hondo, alguna pena abrumadora, más érame imposible recordar sus causas. Nada, ni un mezquino detalle estaba presente á mi memoria. En vano me esforzaba en escudriñar las obscuridades de mi imaginación, buscando alguna remembranza aun no totalmente evaporada. Fué inútil. Solo alcanzaba aumentar mi frenesí, mi honda amargura.

El día estaba triste. Abovedaba el cielo un nubarrón gris obscuro, que transmitía avaramente una claridad mortecina.

Vínome la sospecha de que estaría nevando y para cerciorarme salí á la ventana, y derramé al exterior la mirada de mis ojos turbios. Largo rato hube de parpadear antes de convencerme de que no había nieve por ninguna parte. Mis percepciones eran sordas y penosas. Permanecí allá, contemplando la negrura de las selvas que se extendían delante de mí, y dije en mis adentros: «Son los bosques de Montnegre... ¡Ah! ¡me encuentro en el *más!*» Y como si no estuviese muy seguro repetí en voz alta: «Sí, sí... me encuentro en el más Sábat».

Imaginando que tal vez la soledad me impresionaba, andé en busca de seres humanos. Entré en la cocina; una cocina espaciosa, negra, ahumada, de piso agreste y altísimo techo de cañas tiznadas. Allí, bajo el ancho vuelo acampanado del hogar, ví sentados en el banco al masovero y la masovera, con los brazos doblados sobre el pecho sin decir palabra,

graves, cabizbajos y devorados por yerta amarillez. Por el movimiento casi imperceptible de sus labios comprendí que rezaban. ¿Sería huella de lágrimas la claridad que serpenteaba por las facciones de la masovera? Allí cundía un desusado quebranto, que yo sentía también aunque no recordase el motivo.

Mientras examinaba aquella escena amilanado como no es decible, mis ojos dieron en el fondo de un pasadizo con la figura esbelta, grave y melancólica de mi madre. Etérea y blanquecina, la afable dama se me allegó, abrazóme y estampó en mi frente un dilatado beso. Sus labios eran finos como la morada lantanea mojada por el rocío de noviembre. Sus ojos grandes y serenos decían una tristeza incomprendible. Me eché á llorar en sus brazos... sin saber porque.

—Imposible detenernos más—dijo á media voz.— Y ambos salimos de casa, y anduvimos, anduvimos... Recuerdo que el aire estaba completamente inmóvil. Las hojas secas de chopos y carolinas caían aplomadas como pájaros muertos. ¿Adónde nos

encaminábamos por la ribera de aquellos torrentes solitarios?

Aproximábanse las selvas. Entramos en una falda de montaña tenebrosa y poblada de enormes alcornoques, decrepitos y harapientos. Aquel viejo alcornocal era el de Montigalá, un bosque improductivo que no se había destinado al carboneo porque los transportes superaban en coste á la mercadería. A los árboles gigantes, abandonados, se les dejaba que fuesen muriendo por sus pasos contados, y acaso hacía más de un siglo que estaban enfermos. Yo conocía muy bien el añejo alcornocal de Montigalá, lugar pavoroso donde jamás había oído el gorjeo de un ave ni el canto de un leñador. Allí el aire estaba siempre húmedo, impregnado de tufos de atmósfera cerrada y olores de moho semejantes á los que se perciben en un albergue de miserables.

Mi madre, distanciada algunos pasos de mí, caminaba silenciosa, bajando la vertiente de la montaña. Yo la seguía torpemente mirando con estremecimientos los arbolazos caducos que retorcian sobre mi ca-

beza sus ramas contrahechas, cubiertas de un musgo prolongado y blanco como el pelo de un viejo. Roidos muchos de ellos al nivel del suelo por los insectos, bocelados por la carcoma, heridos y descortezados á trechos; minados algunos por podredumbres que les convertían la médula en una masa amarilla y blanda, deshecha al menor roce en un serrín impalpable como el tabaco en polvo; abollados otros por tumores monstruosos que estallaban soltando hilillos acuosos que se extendían por el suelo á guisa de complicados riachuelos; éstos vaciados por cavidades espantosas; aquellos hendidos de arriba abajo y con la mitad de los pesados miembros abatida á sus pies; pero todos colosales, llagados, cubiertos de polvo y telarañas presentaban un grandioso aspecto, de desolación que aterraba. Diríase que Dios les había condenado á un espantoso sufrir, sin permitirles aliento ni gemido.

¡Qué extenso, qué interminable me resultaba el alcornocal! Nunca me lo había parecido tanto; y la luz del día amenguaba como si la tarde desma-

yase más allá de las nubes. ¿Anocheceía acaso? Yo tuve intención de hablar, de preguntar algo á mi madre, pero mi voluntad arrecida y sin tino no hallaba el resorte secreto que la pone en comunicación con los sentidos, y á pesar de mis esfuerzos, no surgía la voz en mi garganta contraída. ¡Qué angustia, Dios mío!

Mientras continuaba el descenso, vi allá á lo lejos, entre las malezas á un hombre que bajaba con una maleta á cuestas. Esta visión me sugirió la idea de un viaje, de una ausencia penosa, de algo inevitable y desconsolador. ¡Pobre madrecita mía! ¿Sería ella quién partiese? ¿Y adónde?... ¿Aquella cabeza gris tan querida había de separarme del calor de mis besos? ¿Y por qué separarnos?... ¿Por qué?... Pesadamente, iba dando vueltas á estas preguntas en mi imaginación, y advertí á la sazón que nos acercábamos á la llanura brumosa y azulada; y mi madre apretó el paso, y yo también.

No se por cuales senderos penetramos allá, pero lo cierto es que al cabo de algún tiempo nos hallábamos en mitad de la llanura y ante

la estación de una vía de ferrocarril que se perdía en el infinito. En aquel mismo instante llegaba el tren haciendo trepidar el suelo. Entonces, mi madre, me abrazó temblando, y de pronto, deslizándose de mis brazos, después de breve carrera se precipitó en un vagón. Yo quise entrar en pos de ella, pero ella miró con terror, y cerrando la portezuela de un golpe gritaba: —¡No, no!— Quedé despavorido. El tren se puso en marcha, fueron desfilando los vagones delante de mí, y tras los cristales pasaron unas rígidas figuras, unas caras pálidas, unas narices azuladas, unos ojos vidriosos... Después, ¡soledad! ¡soledad absoluta!... Sentí rodar una gota de escarcha á lo largo del espinazo, y me asaltó la idea de la muerte.

Esta idea clara, horripilante, me despertó. Todo aquello no había sido más que un sueño, pero me impresionó de tal manera que me apresuré á marchar del más donde la pesadilla me había sorprendido. Volví pues, á la costa, á mi casa solariega, y (muchos creerán que lo digo para producir un efecto artístico, más no es

así) encontré á mi madre enferma y la vi morir á los pocos días. ¿El sueño habria sido una sugestión, una advertencia misteriosa? No se, pero estoy convencido de que hoy, como en tiempo de Hamlet, el cielo y la tierra ocultan muchas cosas á la miopia de los sabios.



ANIVERSARIO



EL abuelo Guixer, era un viejecito de piernas baladas, antiguo pescador, que se pasaba las horas cantando una veces, otras renegando (este era un deajo del oficio), rezando otras, pero siempre conservándose bonachón y candoroso como un niño. Más pulido era que una azucena; y daba gozo verle, entrado el verano, en el patio de su casa, bajo el emparrado; sus cabellos blancos, eran parecidos á la espuma del jabón, su caraza fresca y encendida, su camisa de hilo, basta, fulgurando de limpieza y esparciendo el olor doméstico de la colada, los brazos arremangados, las manos activas,

entretejiendo juncos ó aderezando cuercas. No había hombre más experto en quisicosas de pescar. Labraba nasas, garbitanas, palangres, mangas... Y él con sus artes, y la mujer haciendo charlar de sol á sol los bolillos en la almohadilla de encajes, sin detenerse más que lo preciso para acudir en un santiamén a los menesteres de la casa, vivían con suficiente holgura.

Yo, aficionado á la pesca, con la excusa de llevar á componer un volantín ó la faz de una nasa, visitaba con frecuencia al buen hombre. Al cabo fuimos excelentes camaradas.

Lo que es durante el verano, no dejaba yo de ir á pasar un ratito en su casa ningun día. Se estaba allí como en la gloria. Sentábame en el poyo fresquísimo del patio, á la sombra de los pámpanos, y ora fumando un cigarrillo cedía al blando poder soporífero de las canciones del viejo, ora discurría con él de los negocios del mar, que yo contemplaba más allá del portal abierto á todas horas. ¡El mar! Yo me sentía enamorado de él. No así el viejo, y á pesar de todo, algo experimentaba hacia el

mar, aunque fuese con el sentir de un marido hacia una mujer de malas entrañas que le ha ocasionado muchas desazones, pero que al fin y al cabo no deja de habersele arraigado en el alma. Jamás decía del mar cosa buena. «¡El mar! ¡Fuego maldito le seque! ¡Maldiciones cayeran sobre el mar!» Y le sobraban motivos para odiarlo, porque le había robado un hijo, el único, que en la flor de la mocedad se ahogó con sus compañeros de embarcación. Alguna vez lo amenazaba con el puño cerrado:—¡Ladrón!—decía. Pero si no hubiese podido contemplarlo, se hubiera añorado. No cabía duda, porque apenas se permitía levantar la cabeza en breve asueto, ya estaba comiéndoselo con la mirada, y todas sus distracciones consistían en resolver á que barca pertenecería una vela que apenas se vislumbraba, y en descifrar los pronósticos de los tiempos según el juego de las neblinas inconsistentes.

Un día en que, según costumbre, me encaminé á su casa, asombróme hallar la puerta cerrada. A pesar de oír pasos y andanzas en el interior,

no quise llamar, por no sentar plaza de importuno, y di en pasear calle arriba y calle abajo. Caía un diluvio de sol, pero yo me erguía muy valiente. Me entretuve contemplando el paisaje luminoso; el cielo de un firmísimo azul, las casas blanquísimas en hilera al pie de una eminencia peñascosa de color moreno candeal, donde brillaban las retamas en flor como las joyas sobre el pecho áspero y tostado de un zingaro; y luego el mar y las arenas rubias, y los laúdes con sus velas puestas á secar, y las cordilleras lejanas, azuladas, casi transparentes...

¡Maravilloso día! Y la quietud reinaba en el pueblo, que se diría alestargado. No se veía casi á nadie. En la playa candente unas mujeres, en cucullas, con los pañuelos de la cabeza echados adelante como la vela de un carro, repasaban silenciosas los desgarros de unas redes. Más allá el maestro de ribera, junto á una embarcación volcada había puesto á hervir en un fueguezuelo su cazo de alquitrán. Un chico pescador había arrinconado su caña, y,

tendido á su sabor en lo alto de una roca, dormía tranquilamente. Todo ello se percibía á través de la vaharada que exhalaba la tierra, un vapor comparable á la pequeña sombra movible que produce un vidrio pasado rápidamente por un rayo de luz. De las breñas bajaba un canto de cigarras, pertinaz, sin fin.

Al principio me empapé de sol con cierto deleite; desafiábale á que me tostase:—Ea, achicharra cuanto te venga en gana; que al cabo, don de tus manos es el vigor.—Pero no tardé en sentir molestia. Mi vestido ardía, y yo me dije:—Agora lo veredes; no echaré de menos sombrillas ni toldos.—

Efectivamente, los laúdes con sus velas extendidas me ofrecían refugios deliciosos, tentadores, principalmente un par de embarcaciones que salían al *bou*. Las enormes velas, veíanse atadas á manera de toldo de una á otra barca. No consentían al paso á un ápice de sol; y en cambio por escaso que anduviera el viente-cillo marino, había de deslizarse por allí con frescores de gotas diminutas, apenas cayere lánguidamente una

ola sobre la playa. Encaminéme hacia allí, y al llegar, ¡qué sorpresa! veo al abuelo Guixer sentado sobre unas cuerdas arrolladas.

Era él, sin duda... Aunque estaba de espaldas, se le reconocía infaliblemente. Su cabezota blanca, descubierta; sus dilatados hombros sin más impedimenta que la camisa y los tirantes... Iba á llamarle, cuando paré mientes en que estaba pasando el rosario.

Entonces adiviné la solución de todo. Nos hallábamos en catorce de julio, aniversario de la catástrofe de su chico. El excelente abuelo cumplía con un piadoso deber. Muchas veces habíame contado que en semejante día abandonaba sus tareas; y bien sabía yo que mientras pudo valerse de las piernas no había faltado ningún año á la iglesia, donde oía una misa de difuntos, él, que muchos domingos la descuidaba. ¡Pobre viejecito, mira que idea se le ha ocurrido! Ante el mar, en presencia del poético cementerio de su hijo, viene á rezarle unas oracioncillas... ¡Ah! si la candidez es amable á los divinos ojos...

Instintivamente me quité la gorra y murmuré unos padrenuestros. ¡Me dominaba una emoción tan honda! El mundo se iba obscureciendo, obscureciendo ante mis ojos humedecidos. No veía más que el hervor de fuego que producía el sol al llover sobre el agua azul. Más, para mí, en aquel instante no había sol ni realidad. Una ilusión me sojuzgaba. Todas aquellas lucecillas eran mil y mil llamas de las candelas que ardían para un oficio de difuntos, en un templo inmenso, cuyas lejanías se perdían en tinieblas vagarosas. Oíase el trémolo del órgano, solemne, grave, devotísimo, creciendo poco á poco, decreciendo después blandamente... El éxtasis de algo santo se enseñoreaba del corazón.

El viejo que me había sorprendido con el rabillo del ojo, al concluir el rosario dijo una salve en voz alta para que yo pudiese seguirla, y luego, volviéndose, me saludó afablemente:—Gracias, gracias, y goce mil años.—Y yo no pude articular palabra porque la emoción me anudaba la garganta, pero le estreché fuertemente la mano.

Puedo jurar que en mi vida me alejé de duelo alguno con el alma tan emocionada. Más el viejo no se inmutó en lo más mínimo; permanecía tranquilo, sereno, no se daba cuenta de lo que á mí me sobreexcitaba. Así era aquel hombre; tenía rasgos de poeta sin darse cuenta, sin perder jamás aquella simpática ignorancia que le garantía incapaz de artificios.



LA PAVURA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1623 MONTERREY, MEXICO



DE camino para una masía de la Selva, donde me aguardaban los míos, hube de retrasarme por motivos que no es preciso narrar. El sol caía bastante bajo cuando llegué al molino del Olmo, que distaba aun tres horas del término de mi viaje; mas á pesar de que no andaba sobrado de tiempo, hube de detenerme á beber, y me senté en una piedra, junto al rio, á descansar un instante, fumando un cigarrillo.

El molino del Olmo no trabaja desde hace muchos años. Es un caserón inhabitado, ó mejor una ruina inhabitable, porque buena parte de las paredes se ha convertido en escombros, y los tejados y techos no se mantienen más que á pedazos. Crecen en el interior espon-

táneos arbustos, y la viña salvaje asoma sus pámpanos á la ventana. La presa, reblandecida y usada, deja escapar desdeñosamente las aguas murmuradoras. La ancha turbina se pudre inmóvil sobre la acequia enjuta; las arañas la cubren de telas sutiles, y los bardales de las márgenes la llenan de briznas y hojarasca. Cuando uno recuerda que en otros tiempos esta rueda movía una complicada maquinaria, é imagina el ronco son de las muelas, correas y engranajes, el tráfago de los molineros, las teorías de carros que henchían los patios, la música de los cascabeles, el chasquido de las zurriagas y los gritos de los carreteros que animaban todo el valle, no puede menos de lamentar la ruina y el silencio presentes. Ahora estos parajes permanecen desiertos y silvestres. Crece la hierba en los caminos; ha desaparecido el surco de los carros. Nadie transita de ordinario por estos senderos. El sol mira hacia acá días y días y meses sin descubrir figura humana, y desaparece al morir la tarde en medio de un silencio mortal.

Poco tiempo concedí al reposo. Quería aprovechar en lo posible para mi ruta la luz del día que empezaba ya á tomar tonos purpúreos. Penetré, pues, en la selva, avanzando rápidamente, más no tardé en comprender que me afanaba en vano; dentro de poco la noche me alcanzaría en pleno bosque. El sol se había puesto ya, de seguro. A pesar del altísimo alisar que me impedía la vista de poniente, las vislumbres que, filtrándose por los claros del follaje, manchaban el bosque, denotaban suficientemente con su débil color la decadencia de la hoguera de donde procedían. Habían perdido su esplendor dorado, se enrojecían, parpadeaban, no podían durar. Extendióse á lo mejor una racha de sombra y se apagaron cualquiera.—Adiós, bondadosa mirada del crepúsculo; abandonóme tu dulce compañía.—Con todo, me equivocaba. La muriente llama diurna reavivóse aún, y sus reflejos volvieron á esparramarse por la sierra; y pálidos, violáceos, ondulando como humaredas de luz vagaron de una parte á otra y se extinguieron, y

reaparecieron, y volvieron á extinguirse una porción de veces, de tal suerte que no perdí la confianza de verlos de nuevo hasta que hubo transcurrido un largo espacio en que los aguardara vanamente. Comprendí al fin que no volverían y entonces se me oprimió el corazón. Faltábanme todavía dos horas de marcha por unas tierras enteramente deshabitadas.

Cuando atravesé el puente de la Comadreja, un puente estrechísimo y de un solo arco, tan simple que parece el hueso de una costilla gigantesca, había cerrado la noche. ¿A qué negarlo? tuve miedo. Pero... ¿de qué? ¿De ladrones? Ni soñarlo. ¿De despeñarme? Sabía muy bien que no bordeaba mi ruta ningún abismo.—Bah, bah, pavura lisa y llana—murmuré—un miedo inmotivado, propio de mujeres y chiquillos. Hay que despreciarlo. Filosofía, y adelante.—Pero la filosofía que me impelia á avanzar, nada conseguía en orden á mi zozobra.

Un acompasado flautear de sapos, que sonó allá á lo lejos, en una hondanada, me infundió más decisión

que los mejores razonamientos. Concentré toda mi atención en aquella monótona cantinela, y al oirla me parecía que no estaba completamente solo. Tenía la percepción de unos seres que se movían y permanecían unidos conmigo para el cumplimiento de una obra vital, y conmigo se comunicaban por medio de la voz. No dejaban de acompañarme.

Una lucecita que surgió más tarde en medio de la masa informe de una montaña, contribuyó también á consolarme. Allí había un hogar y una familia. En mi imaginación ví á la masovera cerniendo harina al fulgor de aquella lucecilla, á los chicos disponiendo la nocturna ración de los establos, y á los jornaleros apoyando los codos en la mesa, sobre los manteles, y aguardando la hora de cenar. La buena gente dejó la ventana abierta sin tener idea de la caridad que le hacían al caminante con solo dejarle ver el punto donde moraban. No estaba todo desierto, no. Ya sentía la sociedad de aquella gente lejana; no me atrevía á dudar de su existencia.

Esparciendo de esta suerte la

imaginación, recorrí buen trecho de camino con cierto denuedo; pero al perder de vista la lucecilla, y cuando al entrar en una nueva accidentalidad del camino, dejé de oír el flautear de los sapos, y un silencio perceptible, que aterraba, vibró á mi alrededor en la inmensidad, me pareció que la noche se me arrojaba encima.

Me detuve azorado, presa de un malestar semejante al que á veces experimentamos cuando alguien se nos acerca cautelosamente por detrás. Quería volverme y no me atrevía. Al cabo pude lograrlo, y pasó por mi piel una vaharada fría, espantosa. Pero nada vi... ante mis ojos no había más que la selva, las hondonadas, la oscuridad.

Caminé de nuevo, y hube de detenerme nuevamente á los pocos pasos. No podía sustraerme á la impresión de que alguien me seguía y me escrutaba. Palpitando de emoción volví á mirar, á escuchar... El silencio era absoluto. Solo el ritmo de un menguado aliento se atrevía á profanarlo. La noche era augusta, diáfana; un abismo azulado, inmenso,

salpicado de estrellas que indicaban confusas lejanías en el piélago interminable. Y abajo, la tierra desahogada de luz, permanecía muda, en santo silencio, como recogiendo con místico respeto, las irradiaciones de lo infinito... Esto es lo que percibían ojos y oídos... Pero además... ¿Cómo explicaré aquella honda sensación estremecedora que me perseguía? No sabría comparar mi estado, lo repito, sino con el de una persona que se siente molestada hasta lo insufrible por la insistente mirada de otra que la espía en silencio con los ojos fijos. Sí, la tensión de mi espíritu llegaba á lo insostenible. No pude contenerme más. Con la sangre helada en las venas, cai de rodillas.—¡Oh, Infinito, oh Ignoto, oh Santo, yo te adoro! ¡Protégeme, ampárame! — exclamé con un grito involuntario que resonó espontáneamente en mi corazón. Y seguí rezando, aplastado contra el suelo, rezando con desvario, encogido, tembloroso, hasta que obtuve la emoción, y el llanto y el consuelo.

Por fin me levanté reconfortado,

impregnado de una religiosa suavidad. La pavura no me había abandonado totalmente, pero me era soportable. Con aire modesto y párpados humillados continué mi marcha por senderos solitarios, murmurando plegarias á media voz; de esta suerte pude llegar á la masía.

Allí me aguardaban la familia amante y el encendido hogar. Todo el mundo estaba ya inquieto por mi causa. Me dirigieron algunas palabras, á las que di la única respuesta. Y creí que nadie puso atención á cuanto respondía. Sería tal vez que cuanto dije era cosa de vago interés, y que los ojos de todos descubrían en mi rostro algo solemne é indescifrable que fijaba la atención más que mis palabras. ¿Qué suerte de honesta vergüenza ó de poquedad espiritual me obligó á callar el lance más importante de mi jornada? Lo ignoro. Lo cierto es que rehuí conversaciones, me senté en el banco del hogar, alegando cansancio y me sumergí en la meditación.

Jamás como aquella noche había conocido la pavura, ese miedo de lo infinito, de lo ignorado, ese inmenso

padecimiento que todos han experimentado alguna vez y que nunca fué estudiado con la debida serenidad. ¿De qué depende la pavura? ¿Acaso la soledad, la inmensidad y la tiniebla ejercen por sí solas una influencia maligna sobre las facultades humanas, desordenándolas en una aura de locura? ¿O acaso en aquellas circunstancias se aviva en nosotros una facultad cegada casi en todo momento por groseras sensaciones, un sentido íntimo que nos capacita para recibir la sugestión de poderes suprasensibles que nos perturban y estremecen? Oh, Dios mío, ¿cómo dudar de este profundo sentido con que he llegado casi al tacto de vuestro ser, santamente aterrorizado en medio de la oquedad nocturna? Es un sentido balbuciente, oscuro; parece incipiente, y, sin otras luces que tengo recibidas, hubiera podido conducirme á algo detestable, como á tantos pueblos que quizás no tuvieron en religión más institutor que la pavura; pero, aunque sea balbuciente y oscuro todo lo que se quiere, es preciso reconocerlo: existe.

LA MIRADA DEL POBRE



APRISA, muy aprisa subía un día por la Rambla con un amigo. Los dos nos habíamos acalorado, gesticulábamos sin cesar, gritábamos de lo lindo. Nos habíamos enzarzado en una disputa sobre un punto científico; uno y otro quería llevar razón á todo trance. Creo que llegamos aun al insulto; yo... dicho sea en honor de la verdad... más de una vez sentí la tentación de acabar la contienda á puñetazo limpio.

En lo más vivo de nuestro arrebatado, al doblar una esquina, noto que me tiran de la americana. Vuelvo la cara... y veo á un pobre cubierto de mugre, harapiento, que me sujetaba fuertemente y me tendía una mano. ¡Bonita ocasión para atenderle!

—Otro día será, hermano... que Dios le asista.

Pero el pobre no me soltaba. Era un mozo de cara atontada, barbilampiño, con el cuello surcado de tumores y la cara abotargada y amarillenta, muy amarilla, de un matiz brillante como la grasa de gallina.

—Por amor de Dios... por amor de Dios—iba diciendo.

—Váyase con mil diablos...—exclamé fuera de mí, y de un tirón desasíme de él.

El pobre quedó entonces inmóvil como una estatua, con la mano todavía tendida, dirigiéndome una mirada llena de desolación y lágrimas.

Volví la espalda, y continué la discusión con mi amigo, pero ya sin arrestos, sintiendo un peso en el corazón que me quitaba todo prurito de locuacidad. La mirada del pobre-cillo permanecía grabada en lo más hondo de mi imaginación. ¡Y era la mirada tan dolorosa, tan desamparada! Si el mendigo se hubiere enojado, y hubiese prorrumpido en unas desvergüenzas, inmediatamente olvidara yo la escena; pero nada de

eso, el desdichado no manifestó la cólera más leve, ni sus ojos habían expresado la menor reprimenda; sólo revelaron una gran amargura, una larga desolación.

Ya en casa, cogí un libro para distraerme, y empecé á hojearlo con mano temblorosa. Quise leer algo, pero tan excitado me hallaba que no pude fijar la atención. Experimentaba descontento de mí mismo, y ello me daba desazones.

De pronto sentí un peso que me ahogaba; invadióme el rostro un sudor de síncope, y grandes manchas negras mariposearon entre mis ojos y las páginas del libro. Entonces, suspirando, levanté la mirada, que, dirigida al azar, fué á detenerse en un hermoso Cristo agonizante, de gran tamaño, que figura en mi estancia. Y entre las manchas negras que flotaban todavía ante mis ojos, la imagen piadosa se me apareció como un hombre de carne y hueso, vivo, palpitante, agobiado por un padecimiento destructor. Creí que sus músculos se encogían dolorosamente, que su pecho se levantaba jadeante, que el aliento estre-

mecía la azulada nariz, los labios amoratados. Un hilo de sangre manaba de su manos destrozadas por gruesos clavos; y ellos más y más desgarraban las heridas á cada nueva convulsión del cuerpo agonizante... Vilo todo en un momento, y noté á la vez que la imágen me dirigía una mirada prolongada, llena de desolación y lágrimas... la propia mirada del mendigo, del hermano á quien rechazé.

Esta alucinación, que juzgué providencial, acrecentó mi pena. No hallaba reposo en parte alguna... Salí de mi casa, y fui en derechura á la calle donde el pobre me detuvo. Necesitaba que me perdonara. Si yo podía socorrerle y borrar con una palabra de amor el daño que le había ocasionado mi brutalidad, mi alma se libraba de una congoja acerba.

Pero búsquéle en vano... No estaba ya en aquella vía ni en las inmediatas. Pregunté por él; nadie pudo informarme. Yo fui entonces el menesteroso, y me sentí desamparado y triste.

EL PAÍS DORADO